

Preludio

Ex agente de la CIA Edward Lee Howard

«En el modo en que la CIA manejó la fuga de Howard, alguien está encubriendo algo. Nunca conoceremos la verdad.»

Senador DAVID F. DURENBERGER

Traducción del documento original en español «Entrevistas a Edward Lee Howard», obtenido en San José (Costa Rica) en el equipaje de la periodista independiente Alison Álvarez. A principios de septiembre de 1985 la señorita Álvarez fue sometida a vigilancia por la Dirección de Operaciones de la CIA, después de haber establecido contactos con el servicio secreto cubano en Miami. Inesperadamente, cuando en octubre de 1985 el dispositivo de vigilancia iba a ser ya desactivado, Edward Lee Howard entró en comunicación con Alison Álvarez en Costa Rica. Hasta la fecha no se tenía constancia de que hubiese ningún tipo de relación entre ambos. Álvarez y Howard mantuvieron varias entrevistas entre los días 11 y 15 de octubre en distintos puntos de la ciudad, en particular en la terraza del Gran Hotel Costa Rica, donde se alojaba Álvarez. El 18 de octubre Alison Álvarez pagó la factura del hotel y se dirigió al aeropuerto internacional Juan Santamaría para embarcar en un avión con rumbo a Panamá. Nuestros agentes procedieron a fotografiar sus papeles de trabajo en las dependencias privadas del aeropuerto, antes de ser embarcado su equipaje en la bodega del avión. La presente traducción recoge la totalidad del documento. Del original solo se han corregido algunas erratas en nombres de lugares y personas.

A veces me pregunto: «¿Cómo es posible, Ed, que te hayas visto envuelto en este asunto? ¿Por qué tienes a toda la CIA detrás de ti, acusándote de ser un espía soviético? ¿Cómo empezó toda esta historia?»

Continuamente me hago estas preguntas. Cada noche al atrancar la puerta del hotel, en cada estación, en cada aeropuerto, cada mañana cuando miro por la ventana buscando algún coche sospechoso... y solo encuentro una explicación: todo es debido a Adolf Tolkachev.

El caso es que a principios de 1985 la situación era paradójica, por llamarla de alguna manera. Resulta que en la URSS habían elegido a Mijail Gorbachov secretario general del Partido Comunista, y el tipo quería de veras hacer reformas y terminar de una vez por todas con la Guerra Fría. Era evidente que a Gorbachov le interesaba más la cuestión económica que la militar y, debido a ello, los asesores de Ronald Reagan aconsejaron al presidente que relajase algo la tensión con la URSS y aceptase reunirse con él. Pues bien, a pesar de todo ello, a pesar de que parecía que por fin las relaciones entre el Este y el Oeste iban a pacificarse después de cuarenta años, las actividades de espionaje entre el servicio de inteligencia estadounidense, la CIA, y el servicio secreto soviético, el KGB, estaban en su punto más alto desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Puedo asegurarle que en la primavera de 1985 la CIA disponía de más espías en la URSS que en toda la Guerra Fría.

¿Cuántos? No sé, quizá una docena. Pero el más importante de todos ellos era un tal Adolf Tolkachev. Tolkachev era un científico, un ingeniero que trabajaba en un centro soviético de investigación y desarrollo de tecnología aérea. En 1977 intentó contactar con la CIA de un modo bastante chapucero. Se acercó a un coche de nuestra embajada en Moscú e introdujo una nota manuscrita por la ventanilla de atrás en la que se ofrecía para proporcionar información militar soviética. Por lo visto, en la CIA pensaron que se trataba de una provocación del KGB y optaron por no hacerle caso.

Sin embargo, Tolkachev perseveró y volvió a intentarlo una y otra vez. Siguió poniendo notas en distintos coches oficiales estadounidenses y en uno de ellos llegó incluso a facilitar datos personales, como su número de teléfono. Hubieron de pasar dos años antes de que finalmente alguien en la agencia tuvo la genial idea de seguir la pista de aquel extraño ruso que no hacía más que echar notitas en los coches.

La primera vez que intentaron el contacto, uno de los agentes de la CIA en Moscú marcó su número de teléfono pero con tan mala fortuna que se puso su mujer. El agente optó por colgar. Poco después lo intentaron de nuevo y esta vez lo consiguieron. El agente del servicio de inteligencia encargado de su caso se reunió con ese tipo un par de veces y acabó por convencerse de que era lo que decía ser. Así pues, en 1979 Adolf Tolkachev empezó a espiar para la CIA.

Entonces pudimos conocerlo algo más. Tenía cincuenta y dos años y había nacido en Kazajstán. Era ingeniero electrónico y desde hacía mucho tiempo trabajaba en Phazotron. A usted eso no le dice nada, pero tener un agente infiltrado en Phazotron es como..., no sé..., ¿ganar la Superbowl? Bah, olvídelo, no sé si el ejemplo es bueno... No soy muy aficionado a los deportes.

Lo que sí sé es que la inteligencia estadounidense gasta cada año cientos de millones de dólares en tecnología para nuestra fuerza aérea. Y una de las razones por las que se gasta tanta pasta es, precisamente, porque desconocemos lo que están haciendo los soviéticos. Como no sabemos lo que hacen los rusos tenemos que invertir a ciegas, empujar más allá. ¿Hasta dónde? Todo lo que se pueda. Y eso supone más y más millones de dólares, ¿entiende?

Pero Tolkachev acabó con eso. Gracias a él, en la CIA supimos todo lo que hacían en Rusia. Y cuando digo todo, quiero decir todo. Radares, sistemas de vigilancia, misiles... Por lo visto, no había nada a lo que aquel tipo no tuviese acceso en Phazotron. Y gracias a él los Estados Unidos pudieron poner sus esfuerzos en las partidas presupuestarias importantes. Mire, no exagero si le aseguro que ese espía ahorró miles de millones de dólares al gobierno estadounidense.

Adolf Tolkachev trabajó para nosotros durante seis años, pero nunca nos quedaron claros los motivos por los que se propuso traicionar a su país. En su caso, no. Verá, el motivo más habitual por el que un sujeto se decide a espiar es el dinero. Alguien se pone en contacto con la CIA, a menudo a través de la embajada estadounidense en cualquier país, y nos ofrece información a cambio de dólares. En algunos casos el tipo tiene deudas, o ha metido la mano en la caja y necesita reponer la pasta antes de que se descubra el pastel o, simplemente, está harto de llevar la vida de mierda que lleva y quiere saber lo que es gastarse unos cuantos miles de dólares. Estos últimos suelen ser a los primeros que pillan, por cierto.

Tolkachev no era de esos. Es cierto que le dimos pasta. Bastante pasta, para ser sinceros. Y también le proporcionamos otras cosas, como

medicinas, manuales de arquitectura para su hijo, revistas..., no sé, sobre todo libros. El caso es que nos llegó a intrigar sobremanera el motivo por el que Tolkachev nos ayudaba, y alguna vez nos dijo que la razón por la que había decidido espionar para la CIA era su deseo de hacer caer el régimen comunista. Por lo visto, algunos parientes de su mujer habían sido perseguidos por Stalin y en su familia había prendido un profundo resentimiento hacia el partido. Pero vaya usted a saber si aquello era cierto. Aunque, bueno, si le soy sincero, para nosotros los motivos eran lo de menos. Cuando conseguimos captar un agente de primer nivel como Tolkachev solo importan dos cosas: la calidad de la información y la seguridad del espía.

De lo primero se encarga el servicio de inteligencia del ejército. Ellos reciben los datos obtenidos y se encargan de analizarlos y darles uso. Pero en cuanto a lo segundo, la seguridad del espía, corre por cuenta de la CIA.

¿Y qué decir? ¿Si le digo que la CIA es el servicio de inteligencia más desorganizado, chapucero, inepto, torpe y corrupto me creería? Seguramente no, porque si hay algo que la CIA hace mejor que nadie es encontrar explicaciones para sus fracasos. Cada vez que alguien mete la pata en la agencia, algún infeliz carga con las culpas y todo solucionado. En el caso de Tolkachev en la CIA piensan que el idiota voy a ser yo, pero se equivocan. Ésta va a ser la primera vez que la jugada les salga mal, y yo me voy a encargar de ello. Voy a contarle toda la historia, sin omitir nada. Ni siquiera aquellas partes que me perjudiquen, para que vea que no tengo nada que ocultar.

* * *

Cuando se recluta un agente en la Unión Soviética hay que andar con pies de plomo. Dentro de la URSS el servicio secreto ruso, el KGB, tiene una capacidad colosal para controlar y detectar actividades de espionaje. Nada parecido a los Estados Unidos, en donde los derechos civiles están tan protegidos que para poder pinchar el teléfono a un maldito camello tienes que llegar casi al Tribunal Supremo. Allí, no. Como el KGB tenga una leve sospecha de que estás involucrado en un caso de espionaje, pueden meterle cámaras hasta en el agujero del culo sin pedir permiso a nadie.

Y lo peor no es eso. Para nosotros, en la CIA, el mayor problema era que los espías que nos ofrecían información eran diplomáticos, científicos, militares..., gente que en todo caso carecía del adiestramiento necesario para eludir la vigilancia del KGB. Por eso la agencia les tenía que ayudar,

sobre todo en dos momentos: en la captura de la información y luego, más tarde, en la entrega.

La captura de información es el modo en que el espía consigue los datos que luego te pasará. Puede hacerse de muchas maneras. La más directa es la recogida del documento original, aunque, por supuesto, es también la más arriesgada. Si los originales están controlados resulta sencillísimo saber que hay robos. Por eso suelen entregarse copias, bien fotografías o bien fotocopias. En el caso de Tolkachev, la captura de información se hacía a través de fotografías. En la CIA le proporcionamos microcámaras tan pequeñas como un mechero, y el tipo fotografiaba los documentos.

El segundo paso, la entrega, tiene una mayor complicación, aunque se han diseñado métodos seguros, como el «punto muerto». En este sistema el espía y el agente de la CIA nunca se encuentran físicamente. Consiste en acordar un lugar donde se dejará el material y un método de comunicación para que el agente de la CIA sepa cuándo está disponible la mercancía.

Le pondré un ejemplo: supongamos que el punto muerto es una papelerera del parque de ahí enfrente. Pues bien, ahora tenemos que establecer un sistema de señales. Uno bastante bueno consistiría en pegar una pequeña tira de esparadrapo al pie de un árbol unos metros más allá. Cuando el espía deja el paquete en la papelerera pone un esparadrapo en sentido horizontal. Cuando ve la tira pegada, el agente de la CIA sabe que el punto muerto ha sido cargado. Recoge el material y acto seguido pone una tira de esparadrapo en el mismo árbol pero en sentido vertical. Cuando la ve, el espía sabe que el punto muerto ha sido recogido. Cuando el agente tiene que pagar al espía se hace lo mismo. La única diferencia es que en esta ocasión es el agente de la CIA el que carga el punto muerto y el espía el que recoge la pasta.

Si el punto muerto se practica bien, uno puede estar en comunicación con su espía durante años. Basta con cambiar periódicamente el lugar del punto muerto para no levantar sospechas.

Pues bien, ¿cree usted que la CIA estableció un sistema de punto muerto con Adolf Tolkachev, el mejor espía en suelo soviético de toda la historia? No. No lo hizo. Tolkachev dijo que él prefería ver en persona al agente americano encargado de comunicarse con él y, aunque usted no lo crea, el servicio de inteligencia de los Estados Unidos accedió.

El modo en que acordaron comunicarse con Tolkachev era relativamente sencillo. El tipo vivía en un complejo residencial elegante de Moscú, en un edificio de varias plantas, en el que uno de los laterales daba a

un descampado. Desde ese solar se podían ver las ventanas de los pisos, y Tolkachev enviaba las señales a través de sus persianas. Si abría ésta hasta aquí, quería decir que estaba preparado para la reunión; si abría esta otra hasta acá, entonces la reunión se cancelaba.

Bueno, pero usted dirá: «Si el sistema de las persianas se hacía bien, el efecto es el mismo que el del punto muerto». Y se equivocará por completo. Porque el problema no era que el KGB detectase las persianas de Tolkachev, sino al agente americano.

Me explico. La CIA puede tener en la URSS dos tipos de agentes. Los agentes que están allí con una cobertura oficial, y los clandestinos. Los primeros, los oficiales, son agentes que en teoría tienen un puesto en la embajada, por ejemplo de agregado cultural, pero en la práctica se dedican a realizar actividades de inteligencia. Cuando el KGB detecta a uno de los agentes con cobertura oficial, lo único que puede hacer es declararlo persona *non grata* y expulsarlo del país.

Los agentes clandestinos, en cambio, están en la URSS sin una causa gubernamental. Puede ser un ejecutivo de una empresa, un periodista, un estudiante..., lo que sea. Estos agentes sí corren bastantes riesgos, pues en caso de ser atrapados por el KGB son encarcelados y pueden pasarse en prisión años y años.

Se preguntará entonces, ¿qué ventajas tiene para la CIA recurrir a los agentes clandestinos? Pues muchas. Pero sobre todo, una: descubrir a un espía clandestino es muy difícil, porque en teoría cualquier ciudadano puede serlo. Sin embargo, en el caso de los agentes con cobertura oficial la identificación ya está hecha de antemano: están incluidos en el personal de la embajada.

Sabiendo que entre los empleados de nuestra embajada hay numerosos agentes de la CIA, lo único que tiene que hacer el KGB para pillar a alguno es someter a un férreo control a todo el mundo. Y eso es lo que hace. Investiga a cada uno de los empleados, su pasado, su trayectoria profesional, su formación, su familia. Nada escapa al escrutinio del servicio secreto soviético. Así, cuando sospechan de alguien redoblan sus esfuerzos para descubrir a qué se dedica. Por ejemplo, revisan el cuentakilómetros de su vehículo para hacerse una idea de sus movimientos por Moscú. Aunque bueno, no se extraña por esto porque en realidad controlar a los miembros de las embajadas enemigas es lo que hacemos todos. Nosotros también vigilamos a los empleados de la embajada soviética en Washington D.C. Los tenemos fichados a todos.

En resumen, los agentes de la CIA que trabajan con cobertura en la embajada son, por definición, susceptibles de ser descubiertos por el KGB. Y el agente de la CIA que llevaba la comunicación con Adolf Tolkachev era, precisamente, uno de los empleados de la embajada estadounidense en Moscú.

Así de sencillo. No hace falta explicar más. Las operaciones de la CIA en Moscú se debilitaron a lo largo de ese año 1985 porque no se hicieron bien, ni más ni menos. No se utilizaban agentes clandestinos porque era más cómodo enviar a los oficiales. Y por si fuera poco, los sistemas de comunicación no los decidía la agencia, sino que se dejaba que fuesen los propios espías los que eligiesen los métodos de contacto que les apeteciesen.

Pues ahí tiene usted la explicación de todo. Es bastante simple, ¿no le parece? Al KGB le bastaba con analizar pacientemente a los empleados americanos sospechosos para, con el tiempo, llegar hasta Tolkachev. No era necesario que interviniese ningún traidor en la CIA, ni tan siquiera la suerte. Solo era cuestión de tiempo. Tiempo y meticulosidad, y los soviéticos son meticulosos.

¿Le sorprende? Pues así es como estaban las cosas cuando en enero de 1982 me propusieron ser enviado a la URSS como agente de la CIA. Lógicamente, como uno más entre el personal de la embajada. Por entonces yo no lo sabía, pero aquello cambió mi vida para siempre.

* * *

Bueno, antes de seguir conviene que le hable un poco sobre mí. Edward Lee Howard es mi nombre auténtico. Nací en Nuevo México en 1951. Cuando acabé mis estudios fui a Colombia con el Peace Corps, y allí conocí a Mary, mi esposa. Hice un máster en Washington D.C. y más tarde trabajé unos meses en Perú. De regreso a los Estados Unidos me establecí con mi mujer en Chicago y allí estuve trabajando durante un tiempo en una empresa privada, concretamente en una consultoría. Pero a mediados de 1980 decidí que ya había tenido suficiente y me propuse cumplir el sueño de mi vida: convertirme en un agente de la CIA.

Presenté una solicitud y al poco tiempo recibí una llamada telefónica de la agencia para informarme de que había sido aceptado en el proceso de selección. Dos tipos de la CIA vinieron a Chicago a hacerme una entrevista y más tarde, en octubre, me invitaron a Washington D.C., donde tuve que hacer unas cuantas baterías de tests y rellenar una historia personal de

dieciséis páginas con información de todo tipo sobre mi familia, vida y milagros. Después de aquello vinieron más entrevistas, y finalmente el polígrafo.

El polígrafo es más conocido como el «detector de mentiras». Se trata de una prueba, una prueba muy simple. Te conectan unos cuantos cables en las manos y el pecho y luego te realizan un cuestionario. Mientras escuchas las preguntas y las contestas, el chisme va registrando distintos tipos de reacciones corporales, como el pulso, el ritmo cardíaco, la sudoración, etc. La teoría dice que cuando una persona miente el cuerpo se comporta de manera distinta a cuando dice la verdad, y por eso la lectura que hace el polígrafo mientras mientes es distinta a cuando no lo haces.

Sencillo, ¿no? Pues bueno, ya puede tirarlo a la papelera porque en realidad todo eso son tonterías. Yo he leído montañas de artículos de biología donde se asegura que las reacciones corporales dependen de numerosas variables, como el nerviosismo, el calor, los síntomas de algunas enfermedades o el mismo estado de ánimo. Por ejemplo, tú puedes estar diciendo la verdad, pero si media hora antes del polígrafo has tenido una bronca fuerte con tu mujer es muy posible que las mediciones corporales salgan alteradas. Además, se ha demostrado que los mentirosos compulsivos apenas muestran respuestas corporales anormales al mentir, por ser algo natural para ellos. Parece extraño, pero esos tipos no tienen la menor dificultad en superar la prueba del detector.

Con todo, la CIA adora el polígrafo y obliga a todos los aspirantes a empleados a hacer la prueba. Además, una vez que has sido contratado te hacen pasarla cada cierto tiempo.

En mi caso, la prueba del polígrafo que me hicieron en 1980 cuando me contrataron resultó favorable. Solo salió el tema de las drogas, pero pude explicarlo sin dificultad.

Cuando estuve en Perú consumí cocaína. Lo admito. Le dije que no iba a mentir y no lo hago. Mire, esto la mayoría de la gente no lo sabe. Si le pregunto cuál es el país que más cocaína produce, ¿qué me contestaría? ¿Colombia? Pues se equivoca. Es Perú. Allí es sencillísimo conseguirla. Y no le hablo de la porquería que encuentras por las calles de Nueva York o Los Ángeles. Cocaína auténtica, la mejor. Y barata, muy barata. Un gramo lo encontraba yo en Lima por unos cinco dólares. ¿Sabe cuánto me podría costar esa misma cantidad en los Estados Unidos? Pues unos noventa. Joder, casi veinte veces más, y peor, mucho peor.

En Perú tomé algo de cocaína. También marihuana y hachís. LSD muy poco, poquísimos. Y nada, absolutamente nada de heroína, opio o crack. Se trataba de un consumo recreacional, para divertirme. Yo no era ningún toxicómano, ni ningún colgado que iba por ahí cometiendo pequeños hurtos para comprar.

El caso es que la droga era baratísima, y lo cierto es que cuando uno viene de los Estados Unidos y llega a un país como Perú, te entra un poco de bajón por lo tedioso que resulta todo. La droga es un pasatiempo, una manera de combatir el aburrimiento. Y de hecho, cuando regresé con mi mujer a los Estados Unidos dejé de consumir.

Pero bueno, volvamos a mi prueba del polígrafo en la CIA. Lógicamente, me preguntaron por el tema de las drogas y yo conté la verdad. Lo mismo que le acabo de decir a usted ahora mismo, ni más ni menos. El examinador me pidió que pusiese por escrito las sustancias que había consumido y los periodos de tiempo en los que las había tomado. Lo hice, y esa declaración se adjuntó a mi fichero personal. Pasé la prueba del polígrafo y por fin fui admitido para formar parte de la plantilla de la agencia. Finalmente lo había conseguido. Washington D.C. me esperaba. Yo, Edward Lee Howard, me había convertido en un agente de la CIA.

* * *

La agencia tiene sus oficinas en Langley, en un sólido edificio de siete plantas construido con hormigón blanco. El complejo se encuentra ubicado en mitad de un bosque, a menos de un kilómetro del río Potomac. Todo el recinto está rodeado de una verja y permanentemente custodiado por guardias.

Nada más entrar en la CIA, en enero de 1981, mi mujer y yo decidimos que ella se quedaría en nuestra casa de Chicago mientras yo buscaba una vivienda en la zona para los dos. Por esta razón pasé unas cuantas semanas solo. Fue entonces cuando conocí a Bill Bosch, con quien compartí piso unos días. Bill era un tipo esbelto, muy rubio, con cara de colegial. Le gustaban los coches deportivos casi tanto como las mujeres. Solíamos salir a divertirnos en los ratos libres y tomábamos copas en los mismos bares a los que acuden los agentes de la CIA.

Poco después Bill y yo nos separamos. Mi mujer Mary se trasladó a Washington D.C. para vivir conmigo y Bill se marchó en misión especial a Bolivia. Más tarde le volveré a hablar de Bill.

Mary y yo alquilamos una casa en el 9654 de Scotch Haven Drive, en County Creek. Con mi mujer se vino nuestro perro, *Whisky*. Mientras estábamos en aquella casa realicé mi adiestramiento en La Granja. Era agosto de 1981. La Granja en realidad es el campo de entrenamiento de Camp Peary. Allí van todos los agentes de la CIA a realizar distintos módulos de adiestramiento. Los agentes que están destinados a operaciones especiales realizan trabajos físicos y paramilitares, como lucha, tiro, etc. En mi caso el entrenamiento estaba centrado en actividades de espionaje. En La Granja la agencia me enseñó a hacer seguimientos, realizar vigilancias, despistar perseguidores, reclutar agentes, descifrar códigos, establecer comunicaciones, manejar puntos muertos, etc. Los instructores suelen ser del FBI, unos tipos muy buenos. Los programas de aprendizaje son fantásticos. A mí todo aquello me resultaba fascinante, y puse lo mejor de mí mismo para aprovechar al máximo mi estancia allí. Nunca llegué a conocer las calificaciones que obtuve, pero estoy convencido de que fueron excelentes. Le puedo asegurar que cuando salí de La Granja yo era un tipo muy peligroso.

* * *

Cuando terminó mi entrenamiento en La Granja volví a las oficinas y, al poco tiempo, a finales de 1981, me dijeron que me iba a ir destinado a Viena, Austria. El traslado se iba a hacer efectivo antes de la primavera. Pero un buen día, ya en enero de 1982, Mary y yo recibimos una invitación a almorzar en casa de una colega mía. No diré su nombre, puesto que poco importa en el conjunto de mi relato.

Llegamos a su casa como a la una de la tarde, con una botella de vino. Durante la comida charlamos de temas intrascendentes, hasta que llegó lo bueno.

—Ed, ¿conoces la división SE? —preguntó ella.

—Supongo que te refieres a la división soviética y Este de Europa de la CIA, ¿no? Según creo, allí espían a la URSS y sus aliados.

—Exacto. ¿Has oído hablar de ella?

—No mucho. Los de la SE van un poco a su aire. Son como un club aparte dentro de la agencia.

—Bueno, digamos que la SE se mantiene algo al margen del resto por lo sensible de su trabajo.

—Pues no sé casi nada de ellos —confesé yo.

—Bueno, actualmente en la SE hay unos trescientos empleados y estamos algo cortos de personal. Yo quería ofrecerte la posibilidad de incorporarte a la división.

Aquello me dejó atónito. La división SE era la joya de la corona de la CIA, el lugar donde se hacían las operaciones más interesantes y arriesgadas. Donde trabajan los espías de verdad. Hasta entonces yo pensaba que solo los mejores agentes, los más experimentados, eran aceptados en aquel sanctasanctorum. Pero lo mejor estaba por llegar.

—Estaría encantado de pertenecer a la SE —dije—. Espero estar a la altura.

—Nosotros también. Porque cuando acabe tu curso de ruso te irás a la embajada en Moscú como miembro de nuestro equipo de la CIA.

Ser invitado a pertenecer a la SE era algo inimaginable para mí en aquellos días. Pero dirigirme a la base de la agencia en la embajada en Moscú iba muchísimo más allá. Si no fuese porque aquello era la CIA y la CIA no gasta bromas con la URSS, hubiese pensado que me estaban tomando el pelo. Pero no. Iba en serio.

—¿Cuáles serán mis responsabilidades en Moscú? —pregunté.

—Eso es algo que sabrás a su debido tiempo —respondió la mujer—. Ahora es muy importante que os diga otra cosa. En este traslado a Moscú no solo trabajarás tú, Ed. Tu esposa Mary también entra en acción.

Miré a Mary. En ese momento estaba bebiendo un sorbo de vino y al escuchar aquello casi se atraganta.

—Como sabéis —continuó mi colega—, en los traslados a otros países no es infrecuente que las esposas de los agentes cooperen con éstos para facilitar sus actividades. Se trata de tareas sencillas, como conducción, vigilancia, recogida de documentos y demás. Eso sí, cuando el destino del agente es Moscú, la colaboración de la esposa no es opcional sino preceptiva. Por eso quise que vinierais los dos a comer —añadió, dirigiéndose a mi mujer—; necesito saber aquí y ahora si tú, Mary, estás dispuesta a hacer tu parte del trabajo.

Mary ganó unos segundos mientras se pasaba la servilleta por los labios. Sus ojos se posaron en los míos.

—Claro —respondió Mary al fin—, yo... haré lo que haga falta.

—Genial —dijo mi colega—. Eso era lo que necesitaba oír. Ed, ve preparándote. Tu traslado al SE es inmediato.

Y así fue cómo en febrero de 1982 entré a formar parte de la división soviética y Europa del Este de la CIA. El jardín prohibido de la agencia.

Antes de seguir adelante con la historia es preciso que le haga otra confesión. Una batalla que vengo librando desde hace años con mis demonios internos: el alcohol.

Es cierto que por entonces bebía más de la cuenta, en particular gintonics. Lo hacía un par de veces por semana, y la razón era sencillamente el estrés a consecuencia del trabajo. La gente no lo sabe, pero en la CIA hay un serio problema de alcoholismo entre la plantilla debido a la tensión a la que los empleados están sometidos.

El problema está tan extendido en la agencia que los empleados teníamos a nuestra disposición ayuda psicológica especializada para tratarlos. En la CIA hay un asesor sobre alcoholismo, y cuando me ofrecieron el puesto en Moscú yo ya había visitado alguna vez a aquel tipo. El asesor me hizo unas pruebas y concluyó que mi problema no era mayor que el de la media de la plantilla afectada, por lo que no consideró oportuno tomar medidas drásticas.

Sin embargo, el alcohol sí había afectado en cierta medida mis relaciones con Mary. Discutíamos a menudo, y a veces yo me marchaba un par de días de casa para relajar la tensión... o para perderla de vista, no estoy seguro.

Aun así, aquello no afectó mi trabajo, que siguió desarrollándose con normalidad. Parte de mi entrenamiento en la SE lo hacía con Mary, y su función consistía sobre todo en proporcionarme coartadas para moverme con libertad.

Recuerdo que un día nos ordenaron a los dos que fuésemos a un supermercado a retirar un paquete que otro agente nos había dejado oculto debajo de una estantería. Recogimos el bulto y salimos al exterior. Cuando dejamos el carrito y nos dirigíamos a nuestro coche, una mujer se acercó corriendo a nosotros gritando algo, no recuerdo qué. Entonces, varios agentes de paisano salieron de detrás de unos vehículos estacionados y nos inmovilizaron a Mary y a mí. Abrieron el bolso de mi mujer y dentro encontraron una bolsita llena de unos polvos blancos. Podría ser cocaína. Huelga decir que aquello no era nuestro.

Los agentes se identificaron como federales, nos leyeron nuestros derechos mientras nos registraban y nos metieron en dos coches camuflados. A mi lado izquierdo se sentó uno de ellos. El tipo agarró el asidero que había sobre la portezuela del coche y pude ver su arma reglamentaria: estaba descargada. Entonces supe que aquello formaba parte del ejercicio.

Llegamos a un edificio del FBI y me encerraron en una sala de interrogatorios. Empezaron a lloverme preguntas, amenazas, más preguntas y más amenazas. Solo abrí la boca una vez para decir con total serenidad: «Quiero un abogado».

Cuando los tipos aquellos se cansaron de gritarme salieron de la habitación. Pocos segundos después entró otro y me dijo que era libre. Fuera encontré a Mary. La pobre lo había pasado mucho peor. Nos marchamos a casa y nos tomamos unas cuantas copas. Esta vez, ella también.

* * *

Mientras hacía el curso de idioma me fui familiarizando con los casos de la URSS. Llamamos «casos» a las operaciones abiertas como, por ejemplo, el manejo de un espía o el seguimiento de determinada persona. Un par de veces a la semana subía al sexto piso, donde estaban parte de los empleados de la SE, y revisaba los cables recibidos de la embajada en Moscú y los informes de las operaciones realizadas.

Dado que la sede de Moscú es la que más riesgo tiene, los agentes destinados allí teníamos la obligación de conocer todas las operaciones activas. Así, en caso de que uno de los agentes fuese expulsado de la URSS, su trabajo podía retomarlo de inmediato algún compañero. Además, hay que tener en cuenta que los espías no se asignan a un agente en exclusiva. Un mismo espía puede ser manejado por varios agentes.

A pesar de todo ello, es importante destacar que la documentación nunca identifica a los espías ni a los agentes de la CIA con sus nombres. Cuando se recluta un espía se le asigna enseguida un pseudónimo. Las dos primeras letras designan la región geográfica donde opera el espía, y las siguientes hacen referencia a un aspecto característico del tipo. Por ejemplo, nosotros teníamos un espía denominado «GTMILLION». Las letras «GT» designaban el lugar donde vivía, y la palabra «millón» fue elegida porque aquel espía nos pidió un millón de dólares por sus informaciones.

Todos en la SE teníamos pseudónimo. El mío era Roger K. Shannon.

* * *

El año 1982 transcurrió con cierta lentitud. Durante aquellos meses mi trabajo en la CIA consistía en aprender ruso y conocer las operaciones abiertas en Moscú, por lo que fui relevado de cualquier otra responsabi-

lidad. Todo iba bien, pero a finales de noviembre ocurrió algo desagradable que tuvo las peores consecuencias imaginables para mi carrera en la agencia.

A finales de noviembre mi abuela murió en Nuevo México, así que pedí a mi jefe un par de días libres para poder asistir al funeral. Mary no me acompañó. Estaba embarazada y temía que el vuelo afectase al niño.

El día 30 de noviembre regresé. En el vuelo de vuelta coincidí con una mujer que iba sentada a mi lado. Íbamos en la parte de atrás del avión, ella ocupaba el asiento de ventanilla y yo el del pasillo. Durante todo el trayecto estuvo leyendo una revista, el *Cosmopolitan*, si no recuerdo mal. Lo cierto es que no me fijé mucho en ella. Quizá tuviese unos cuarenta años. Era rubia, con una media melena estilo paje. Cuando aterrizamos agarró la revista y su bolso y se precipitó hacia el pasillo a toda velocidad. Casi pasó por encima de mí. Fue adelantando pasajeros hacia la puerta de la salida del avión como si le fuese la vida en ello. Yo me lo tomé con calma y, sentado, me dediqué a ver cómo se abría paso a codazos entre el resto de pasajeros.

Cuando la hube perdido de vista eché un vistazo por la ventanilla y entonces lo vi: aquella mujer se había dejado el monedero en el asiento. Probablemente lo llevaba dentro del bolso y con la agitación de la salida se le había caído.

Lo cogí y, levantándome, eché un vistazo buscando a aquella mujer. La puerta del avión ya se había abierto y los pasajeros empezaban a descender. No conseguí encontrarla.

Volví a sentarme y me fijé en el monedero. Era un estuche de piel de unos diez centímetros que se abría con una solapa imantada. Lo abrí buscando el permiso de conducir, pero no lo encontré. Dentro solo había unos cuantos recibos de la VISA y dos billetes de veinte dólares.

Para entonces ya desembarcaban los pasajeros situados a mi altura, por lo que me levanté, cogí mi abrigo y mi maleta de mano y me dispuse a salir. Aún llevaba el monedero en la mano. Reparé en él y me dio una pereza enorme desviarme para dejarlo en algún mostrador de información u objetos perdidos. Y en aquel momento hice algo estúpido: saqué los cuarenta dólares y dejé el monedero en el asiento que había ocupado la mujer.

¿Por qué lo hice? No lo sé. Fue un acto infantil, estúpido. Desde luego, con esos cuarenta pavos no iba a ningún sitio. Pero los cogí. Pude hacerlo, y lo hice.

Cuando llegué a casa me vacié los bolsillos y aquellos dos billetes volvieron a aparecer entre mis dedos. Al verlos, reparé en mi idiotez. Agarré la pasta y la dejé en el cepillo de la parroquia.

Pero el mal ya estaba hecho.

* * *

Un día, a principios de 1983 mi jefe me llamó a su despacho.

—Hola, Ed. Pasa y cierra la puerta.

Entré y me senté en una butaca enfrente de su escritorio.

—¿Cómo vas con el ruso?

—Cada día mejor.

—Bien —dijo—. He visto tu coche en el aparcamiento y da asco. Creo que tienes la chatarra más deplorable de toda la agencia.

—¿En serio?

El jefe se echó a reír.

—No pongas esa cara... Verás, no puedes ir a Moscú con el trasto ése. Y tampoco conviene que compres ningún coche allí. Así que vas a echar un vistazo a este catálogo y eliges uno.

Cogió una revista y me la alcanzó por encima del escritorio. Le eché un vistazo. Era una relación de coches con su fotografía correspondiente. A la derecha de cada modelo se indicaba el nombre del vendedor autorizado con sus datos de contacto. El jefe siguió hablando:

—Cuando sepas cuál quieres vas al concesionario y lo compras —dijo.

Me removí algo incómodo en el asiento.

—Lo cierto es que no tenía pensado cambiar de vehículo ahora. No es el mejor momento...

—Lo pagamos nosotros, hombre. Cuando tengas la factura nos la traes y te la abonamos en el acto.

Eché otro vistazo a la lista de coches. No había ninguno que me llamase particularmente la atención. Al final opté por un Chevrolet Celebrity. El color lo eligió Mary. Azul oscuro.

* * *

El invierno pasó rápidamente, y durante el verano Mary y yo hicimos los últimos preparativos para el viaje a Moscú. En marzo me había llegado el nombramiento de empleado consular firmado por el presidente Reagan y

el secretario de Estado Schultz. A principios de abril, recibí la noticia: tenía que pasar otra prueba poligráfica.

Fue el jueves 14 de abril de 1983. Aquel día entré en el edificio de la agencia y me dirigí a la sala de análisis donde me esperaba el técnico del detector de mentiras.

—¿Es usted Edward Lee Howard? Déjeme ver su acreditación.

El técnico no tendría más de treinta años. Tenía el pelo cortado a cepillo y un pequeño bigote. Llevaba una camisa de manga corta por la que asomaban unos brazos finos y blanquecinos. Poco después percibí que tenía un pequeño tic en el ojo izquierdo.

Mostré mi tarjeta identificativa de la agencia y el examinador me hizo sentarme en la silla.

—Supongo que sabe cómo va esto —dijo—. Ahora le haré unas preguntas, tomaré nota de las respuestas y luego volveremos a hacer el cuestionario, aunque esta segunda vez con los sensores ya conectados. ¿De acuerdo?

Asentí. El tipo siguió hablando mientras sacaba la lista de las preguntas de una carpeta de cartulina azul:

—¿Ha tomado alguna sustancia relajante en las últimas veinticuatro horas?

—¿Como qué?

—Meprobamato, metacualona, o similar.

—No, no he tomado nada.

El examinador revisó los papeles mientras seguía hablando:

—Su prueba anterior tuvo lugar hace casi tres años. ¿Hay alguna novedad reseñable?

—No, ninguna.

—Figura aquí un consumo de ciertas sustancias estupefacientes —dijo con un tono metálico.

—Hace mucho tiempo de eso. Quedó atrás.

—Sí... Veo que eso dijo la otra vez. Bueno, vamos a comenzar el cuestionario propiamente dicho y después lo repetiremos conectado al polígrafo. Serán unos cuarenta y cinco minutos. ¿Listo?

Asentí. El examinador se sentó a mi lado y empezó a hacerme las preguntas. Algunas eran insignificantes, como el nombre de mis padres, el lugar donde estudié, la dirección de mi casa. Pero se intercalaban otras más delicadas. Las principales hacían referencia a posibles contactos con servicios de inteligencia extranjeros. «¿Alguna vez ha conversado con algún

agente del KGB?» «¿Algún agente enemigo ha tratado de reclutarlo?» «¿Ha realizado algún tipo de servicio por cuenta de la inteligencia soviética?»

Aquellas preguntas las contesté con seguridad y convicción. La respuesta era siempre la misma: «No». Nunca había tenido contactos con ningún servicio secreto, y menos aún con el KGB.

Casi al final del cuestionario hizo otra pregunta: «¿Ha cometido algún delito desde su incorporación a la CIA?» Pensé poco y contesté que no. A continuación hicimos una breve pausa, y el examinador me puso los sensores. Repetimos el cuestionario, y el examinador registró todas las respuestas. Cuando terminamos, nos saludamos cordialmente y yo me marché a casa.

Al día siguiente recibí una llamada en la oficina.

—¿Edward Howard?

—Sí, soy yo.

—Le llamo del departamento de análisis. Tenemos un problema con el polígrafo de ayer. ¿Puede pasarse por aquí?

—Claro. ¿Cuándo les viene bien?

—Ahora mismo.

Me dirigí a la misma sala que el día anterior. Allí, junto al examinador que ya conocía había otro tipo. Uno algo mayor, con la cabeza cuadrada y largas patillas.

—Howard —dijo—, hemos analizado sus respuestas de ayer y hay algo que no nos encaja.

—¿El qué?

—Ha mentido en una de las preguntas.

—¿En cuál?

El tipo miró a su colega, el examinador, y dejó caer la carpetilla que tenía entre las manos.

—¿No lo sabe? —me preguntó con cierto sarcasmo—. ¿Es necesario que se lo digamos nosotros?

Me puse en alerta. Aquellos dos tipos no bromeaban. La cosa parecía seria.

—Quiero decir que no he mentado deliberadamente a ninguna pregunta —repliqué—. Es posible que haya cometido algún error.

El de la cabeza cuadrada volvió a revisar sus papeles.

—Howard, ha mentado en la pregunta sobre actividades delictivas.

—Necesitamos que nos diga qué delitos ha cometido y que se vuelva a someter al polígrafo —añadió el examinador.

Acepté. No tenía más opción.

Me volví a sentar en la silla y el de la cabeza cuadrada se puso a mi lado.

—Howard, haga memoria. No creo que usted incumpla la ley a menudo. ¿Qué es eso que nos ha ocultado?

—Le juro que no he cometido ningún delito. Solo una vez, hace unos meses, cometí un error de colegial.

Les conté el episodio del avión, lo del bolso de la mujer y los cuarenta dólares. El tipo tomó nota de todo, pero no hizo ningún gesto indicativo de quedar satisfecho con la explicación. Me conectaron los sensores y empezamos la prueba.

Volví a marcharme pensando que aquello era todo. Pero me equivoqué. El final no había llegado. Después del segundo polígrafo hubo un tercero. Y después del tercero, un cuarto.

Para entonces yo estaba desquiciado por completo. No me explicaba cómo era posible que los resultados no fueran claros después de haberles confesado todo. Debía haber algún error. Algún error o algo extraño que no querían decirme.

El último polígrafo fue el viernes 29 de abril de 1983 y lo hizo otro examinador distinto. Un hombre de unos sesenta años, con pelo gris y numerosas arrugas en la frente. Recuerdo que iba sin afeitarse. Yo entonces no lo sabía, pero por lo visto era el experto al que la agencia recurría en los casos más excepcionales.

—Howard, siéntese ahí, por favor. ¿Ha tomado alguna sustancia relajante?

—Sí, una infusión.

—No debiera haber hecho eso —dijo malhumoradamente.

—Quizá, pero entre todos ustedes han conseguido destrozarme los nervios. He traído aquí un informe que explica la inutilidad de este tipo de pruebas. Sobre todo en los casos de estrés como el que sufro. Este estudio lo ha realizado la...

—Siéntese y comencemos cuanto antes —me interrumpió el examinador, sin dejar de desenrollar los cables de la máquina.

Hice lo que me ordenaba, preparándome para lo peor. Pero lo cierto es que a partir de entonces la cosa mejoró mucho. Volví a repasar mi pequeño hurto del avión, el consumo de drogas en Perú y mis problemas de alcoholismo, sobradamente conocidos en la agencia puesto que, como ya le he dicho a usted, yo ya había visitado al asesor de la CIA un par de veces.

Cuando terminó la prueba me quedé con la sensación de que por fin había pasado el mal trago. El examinador se mostró satisfecho con los resultados y me dio la mano deseándome suerte.

Llegué a casa eufórico. Los padres de Mary habían venido a pasar el fin de semana y comentamos juntos nuestra próxima mudanza a Moscú. Parecía que las aguas volvían a su cauce.

El lunes 2 de mayo fui a la agencia y estuve todo el día en clase de ruso. Cuando me disponía a salir vi un mensaje en mi mesa. Mi jefe me había encargado que pasase a verlo cuando me fuese posible. Aquello solo podía significar que iba a darme las últimas instrucciones antes del viaje a Moscú.

El martes fui directamente a su despacho. Al llegar pude ver a través de la persiana que mi jefe estaba en compañía de otra persona. Llamé con los nudillos y pedí permiso para entrar.

—Ed, no sé si conoces a... —empezó diciendo el jefe.

—De recursos humanos —le interrumpí. Yo conocía al tipo de vista, era un directivo del área de personal.

—Esto que tenemos que decirte es difícil, Ed —continuó el jefe, y luego hizo una pausa.

Yo empezaba a intranquilizarme. A lo lejos veía venir hacia mí un tren a toda velocidad.

—Nos vemos en la necesidad de pedirle que renuncie a su puesto —me espetó al fin el de recursos humanos.

Yo estaba aún de pie. Sentí cómo me temblaban las piernas y empecé a sudar. El tren me había embestido sin piedad. Fui incapaz de articular palabra, pero el de recursos humanos, aparentemente, no tenía ningún problema en hacerlo.

—Los resultados del polígrafo han desvelado una serie de conductas inapropiadas para un agente de la CIA —continuó—. Ha incumplido usted el código de la agencia y no nos queda otra opción. Debe dimitir.

Mi sorpresa inicial pronto dio paso a la indignación.

—¿Y si me niego? —pregunté.

—Si se niega, no nos quedará otra alternativa que despedirle —respondió tajante el de personal—. En ese caso nos veremos obligados a revelar los motivos, y esa información le acompañará en cada solicitud de empleo que usted rellene de ahora en adelante.

—Ed, te conviene dimitir —intervino el jefe—. Es lo mejor para todos, empezando por ti.

—No. Lo mejor para mí es ir a Moscú y olvidar todo esto.

—No insista, Howard. Tiene que subir conmigo a firmar su renuncia. Después le llamaremos un taxi para que le lleve a casa. Un compañero le traerá su abrigo. Usted no puede acercarse a su escritorio.

Era evidente que el viaje había llegado a su fin. El de personal no esperó ninguna respuesta. Pasó por mi lado y abrió la puerta del despacho anticipándose a cualquier protesta mía. Cuando salí eché un vistazo hacia atrás, en dirección a mi jefe. Me miraba con un semblante inexpresivo. Podía significar un sincero abatimiento por mi suerte, o bien alivio por el problema que acababa de quitarse de encima.

Subí al piso superior con el de personal sin dirigirnos la palabra y entramos en su despacho. La secretaria estaba terminando de escribir a máquina mi currículum. No consigo recordar cómo era físicamente aquella mujer.

—Hemos consignado que durante estos años ha desempeñado funciones en el área económica de la Secretaría de Estado —dijo ella—. ¿Le parece bien?

No respondí. Firmé la carta de renuncia que me tendió el de personal y cogí el currículum. Dos empleados de seguridad me esperaban en el ascensor con mi abrigo. Cuando llegamos a la calle uno de ellos se dirigió a mí:

—Howard, no tenemos suelto para el taxi —dijo—. ¿Le importa coger el autobús?

* * *

No pienso aburrirla con detalles sobre mi estado de ánimo cuando la CIA me dio la patada en el trasero. Podrá entenderlo por sí misma si continúo narrando los hechos.

A pesar de mi despido, durante unos meses seguí en nómina de la agencia. Las primeras semanas reflexionaba con Mary acerca de lo que nos convenía hacer: ¿demandábamos a la CIA? ¿Nos trasladábamos a otra ciudad? ¿Presentaba una reclamación en la agencia para que se revisase mi caso?

Pronto nos convencimos de que no había vuelta atrás, y mi abatimiento inicial se fue transformando en indignación. Una mañana descolgué el teléfono y marqué el número reservado de la embajada en Moscú. Una voz femenina respondió al otro lado de la línea:

—Embajada de los Estados Unidos, buenas tardes.

—Buenas tardes, aquí Edward Howard.

—Perdón, señor, ¿sería tan amable de repetirme su nombre?

—Edward Lee Howard. Tengo un mensaje para Carl Gebhart. Dígame que no podré presentarme en la fecha prevista.

—De acuerdo, señor. ¿Algo más?

Colgué. Cuando lo hice supe que aquello tendría consecuencias. Gebhart era el responsable de la CIA en la embajada, y el KGB lo sabía. Aunque usted no lo crea, el nombramiento del director de la delegación de la CIA en la embajada estadounidense en Moscú debe ser aprobado por el gobierno soviético. Sí, igual que pasa con el embajador. El acuerdo es recíproco y, así, el responsable del KGB en la embajada rusa en Washington D.C. también debe contar con el visto bueno previo de nuestro gobierno.

Por supuesto, el KGB vigilaba todos los movimientos de Gebhart, y no me cabía ninguna duda de que los rusos habían escuchado aquella conversación. Sabrían que pasaba algo extraño en el grupo de la CIA en la embajada y se pondrían alerta.

La respuesta de la agencia no se hizo esperar. Dos días después sonó el teléfono de mi casa:

—Dígame.

—Ed, soy yo —reconocí la voz de mi antiguo jefe.

—Hola, ¿cómo va por allí?

—No estoy para bromas, Ed. Lo de la llamada a Moscú no ha tenido ni puta gracia.

—Es que no sabía si os ibais a acordar de avisarles de que al final no iría...

Oí al jefe suspirando al otro lado de la línea. Cuando habló lo hizo adoptando un tono compasivo:

—Escucha, Ed. Sé que esto es duro, pero lo superarás. La vida no se acaba en la CIA.

Yo no dije nada y el jefe pasó al siguiente nivel.

—Entiendo que estés molesto y que quieras tomarte alguna revancha. Vamos a dejar pasar lo de esta llamada. Pero si vuelves a hacer algo parecido, tendrás problemas. De los gordos.

* * *

En mayo de 1983 Mary y yo decidimos dejar Washington D.C. y trasladarnos a Nuevo México con el niño. Nos compramos un pequeño chalet en el desierto, cerca de El Dorado, a unos treinta kilómetros al Sur de

Santa Fe. El lugar tenía la belleza salvaje de lo árido, con la fauna habitual en aquel clima seco que solo permitía la proliferación de especies como serpientes y alacranes.

Al poco de llegar leí en el periódico local una oferta de empleo en la oficina legislativa. Buscaban un técnico para la realización de estudios económicos. Me presenté en la sede de la oficina con mi currículum bajo el brazo y pedí ver al responsable. Le hice un alegato que traía preparado de casa y conseguí el puesto.

El trabajo era sencillo. Debía leer informes oficiales sobre las expectativas de los sectores relacionados con la economía local y preparar proyecciones que explicasen cómo debía responder el gobierno de Nuevo México.

El puesto incluía realizar viajes a menudo, sobre todo para asistir a conferencias y convenciones donde determinados expertos exponían sus visiones acerca de los próximos acontecimientos económicos. Hice varias misiones, pero en octubre de 1983 mi jefe me encargó un viaje especial: una conferencia en Washington D.C.

Era la primera vez que volvía a Washington desde mi despido. En el avión no dejaba de repetirme que mi pasado en la CIA había quedado atrás, y que aquella no era más que una misión más de las muchas que tendría que hacer en mi nuevo puesto. Pero me equivoqué.

Cuando terminó la primera de las sesiones de trabajo dejé el hotel y me puse a caminar sin rumbo. Sin pretenderlo me vi en la avenida de Connecticut y entré en el parque. Me senté en un banco. Frente a mí, al otro lado de la calle, estaba el 1825 de Phelps Place: el consulado soviético.

En aquel momento regresó a mí la humillación que había sentido meses antes, durante mi despido de la agencia. Yo les había confesado mis miserias y traumas más íntimos y la reacción de la CIA hacia mis debilidades resultó desproporcionada. El daño causado tanto a mí como a mi familia fue inmenso. Aquello pudo haberse solucionado con una reprimenda, o una suspensión temporal de empleo y sueldo. Pero no, la CIA prefirió jugar con la dignidad de un agente que había vivido las veinticuatro horas del día para su trabajo. Allí sentado en el parque una única idea me rondaba la cabeza: venganza.

Sopesé durante mucho tiempo, quizá un par de horas, si cruzar la calle y entrar en el edificio del consulado. Yo sabía que el FBI vigilaba a todas horas la embajada soviética, pero no el consulado. Si entraba en él despreocupadamente, ningún agente federal estaría allí para reparar en mí.

Una vez dentro bastaría con preguntar por cualquier empleado de seguridad. Pronto algún agente del KGB me invitaría a pasar a una sala insonorizada. Allí me identificaría y proporcionaría algún dato que les convenciese de que yo era, efectivamente, un antiguo empleado de la CIA. Podría darles allí mismo más de una docena de nombres para ello. A continuación me preguntarían qué quería. Yo les tendría que pedir dinero. El dinero era lo que menos me importaba en aquellos momentos, yo solo quería vengarme. Pero es necesario pedir dinero porque si no, no te toman en serio. Y entonces, por fin, les vaciaría mi cerebro. Ajustaría las cuentas de una vez por todas.

El frío que envolvía la noche en Washington D.C. hizo que mi mente regresase al banco donde estaba sentado para tomar conciencia de mi realidad. Ya había oscurecido. Me levanté y salí del parque para dirigirme a mi hotel.

* * *

Por aquellas fechas yo no era el único que estaba atravesando un mal momento. En enero de 1984 recibí una llamada de Bill Bosch, mi antiguo colega de la CIA con quien había compartido piso durante unas semanas. Bill había regresado de Bolivia y ya estaba de vuelta en los Estados Unidos. De vuelta y sin empleo, pues también a él la agencia le había despedido. Quedé en ir a visitarlo en marzo a Nueva Orleans, adonde se había mudado.

Pero antes de aquello ocurrió algo desagradable.

En Santa Fe aumenté mi consumo de alcohol. Por entonces lo consideré lógico y lo achaqué a mi frustración por el despido. Aunque, para ser honesto, debo confesar que se había convertido en un problema crónico. Estaba enfermo.

A Mary mis borracheras la irritaban enormemente. Las broncas en casa eran cada vez más violentas, y por ello procuraba llegar siempre tarde. Los garitos que más tarde cerraban eran los más peligrosos, y alguna vez había asistido a alguna pelea con heridos. Por ello decidí salir siempre armado. Llevaba una mágnam 44 debajo del asiento de mi automóvil. La CIA me había obligado a devolver el Chevrolet azul, y por entonces conducía un jeep.

El 26 de febrero de 1984 conocí a unos tipos en un bar. Eran dos tíos y dos tías. Los hombres eran melencidos, con pinta de trabajar en un an-

damio. Ellas, bastante feas y vestidas como putones de carretera. Invité al grupo a unas copas, y ellos me ofrecieron acompañarles a otro local donde prometieron presentarme a una amiga. Una camarera cachonda de tetas gordas, según dijeron.

Salimos del bar entre risas, bastante bebidos. Subieron a su coche y les seguí en mi jeep. Circularon unos minutos y de repente se detuvieron frente a una vivienda unifamiliar. Vi a las chicas bajar del vehículo y despedirse para entrar en la casa.

Me enfadé. Aquello no era lo acordado. Salí del coche y les pregunté qué coño estaban haciendo. Debíamos dirigirnos al local donde trabajaba la mujer de la que me habían hablado. Los tipos se rieron de mí. Dijeron que yo era demasiado feo para su amiga y me gritaron que me marchase a casa. Di un golpe en el capó de su coche y entonces uno de ellos bajó del vehículo. Intentó pegarme, pero le esquivé y le propiné un puntapié. Bajó su amigo y me atacó por la espalda. No lo vi llegar, y consiguieron reducirme. Me golpearon una y otra vez en el torso y la cabeza. Noté el sabor de mi propia sangre que caía a borbotones desde la frente. Reptando entre patadas conseguí regresar al jeep y abrir la portezuela. Cogí la mágnium y, al verla, los dos tipos quedaron petrificados de miedo.

Les ordené que se marchasen y fueron retrocediendo poco a poco. Para asegurarme de que me dejarían en paz, les fui acompañando pistola en mano hasta que subieron a su coche. Entonces, el que ocupaba el volante, ya sentado dentro, se abalanzó sobre el arma y me la agarró con fuerza. Forcejeamos y la mágnium se me disparó. La bala entró en el habitáculo e impactó en el techo. Yo caí hacia atrás debido al retroceso, aún con el arma en la mano. Los dos palurdos lo aprovecharon para arrancar el motor y desaparecer.

Conseguí llegar al jeep a trompicones, subí y giré la llave de contacto. De camino a casa, un coche patrulla se puso detrás de mí y me hizo señas para que me detuviese. Los agentes habían sido alertados por mis agresores, así que me tomaron por el asaltante. Me hicieron bajar del coche y me leyeron mis derechos. En comisaría recibí asistencia médica.

El juicio tendría lugar poco después, así que me apresuré a contratar al mejor abogado que fui capaz de pagar. Una tarde después del trabajo me convocó a su oficina.

—Siéntate Ed —me dijo mientras ponía los papeles de mi caso sobre su mesa.

—¿Cómo ves el juicio?